

vecinos. En este sentido su imperio no pasaría nunca de ser un simple título.

Esta tesis choca muchísimo con nuestras concepciones. Si tal hubiera sido realmente la idea del imperio, habría que admitir que los antiguos soberanos alemanes dejaron determinar su política exterior por móviles que nosotros no podemos considerar como políticos, lo que significaría la más severa condenación de su obra, por cuanto toda política regida por puntos de vista no políticos es mala en todo momento. Así se hizo, de cuando en cuando, pero nunca tuvo buen éxito ni utilidad.

No han faltado desaprobaciones de esta índole al antiguo imperio alemán. Historiadores de renombre han llegado a decir que el constante afán de los reyes alemanes hacia Italia fué un extravío que se vengó amargamente del pueblo alemán. Enceguecidos por el místico resplandor de la corona imperial, los reyes alemanes habrían descuidado problemas más modestos, pero más inmediatos y por lo mismo más importantes, es decir, el permanente refuerzo de su autoridad en Alemania, ya sea con la remoción de los duques originarios, ya sea por medio de la extensión de los límites y la colonización hacia el este, lo que hubiera podido llevar a la unidad estatal de la nación. Los críticos, aparentemente, pueden fundarse en el juicio de la historia. La política imperial fracasó al final y, como lo indica Heinrich von Sybel, el más ingenioso y el más importante representante de esta opinión, la nación tuvo que pagar el ensueño de una soberanía mundial teocrática con largos siglos de impotencia y disgregación.

Este juicio podrá conceptuarse como el popular, y si no me equivoco prevalece aún hoy en el análisis científico. La opinión de la mayor parte de los investigadores se inclina a considerar la política itálica de los reyes alemanes

como un error, porque carecía de finalidad firme y de utilidad permanente y en resumen excedía también a las fuerzas del reino.

No creo que con este dictamen se haga justicia a los hombres y a los hechos. Ante todo no puedo admitir que se considere como políticamente ciegas o insensatas a generaciones enteras del pasado. Porque se trataría de esto: no se habría equivocado un soberano solo, quizá Otón I, sino también todos sus sucesores por igual. En la larga serie de reyes alemanes, desde Otón I hasta Otón IV, vale decir, durante 250 años, no hubo uno solo que no quisiera ser emperador. Para todos, sin excepción, la corona imperial fué la meta establecida a sus ambiciones. En ese tiempo el Reich alemán, como sabemos, podía realmente ser todo, menos una monarquía absoluta; su política estaba determinada por los príncipes; ningún rey hubiera estado en situación de emprender campañas militares en oposición a la voluntad de la nación. Por lo tanto, no es posible pensar que una política mantenida durante 250 años no concordara con la opinión general de la nación. Si fué equivocada, entonces también ocho generaciones de alemanes fueron políticamente unos mentecatos. Es verdad que hoy estamos familiarizados con la idea de que pueblos enteros —y no solamente el alemán— han sido de tiempo en tiempo víctimas de errores políticos. Pero uno se resiste a creer que la enfermedad haya durado alguna vez 250 años. Además, en la época de que hablamos, no se trata de las masas del pueblo políticamente inconscientes y por eso fácilmente excitables, que hoy deben decidir —las masas carecían en absoluto de influencia durante los primeros tiempos medioevales —sino de los príncipes, es decir, de un pequeño círculo de personas, que es necesario considerar como verdaderos hombres de estado —hay que pensar

en primer término en los obispos—, de hombres que en materia política están en su elemento y la hacen con conocimiento de causa y con reflexión; que conocen la realidad, recogen experiencias y tienen una tradición política. Antes que condenar globalmente a estos hombres, que fueron los cerebros más prudentes de la nación durante dos siglos y medio, como insensatos o tontos, habrá que investigar qué móviles pueden haber influido para que el Reich alemán, en la expansión de su poder, no tomara la dirección del este o del oeste, ambas abiertas, sino que se volviera hacia el sur, donde aparentemente el límite estaba señalado con la mayor firmeza posible por principios nacionales —alemanes e italianos— y por un gran obstáculo geográfico: los altos Alpes.

El interrogante sobre los móviles determinantes debe ser planteado con tanta mayor razón, cuanto que ha sido extrañamente descuidado hasta ahora. En lugar de investigar las causas, se las ha supuesto como conocidas: para algunos no se trata más que del “místico brillo de la corona imperial”; para otros se agrega también la antigua e inextirpable nostalgia de los alemanes por “la tierra donde florecen los limoneros”, el camino hacia el sol. Pero si se examinan los hechos más de cerca, resulta que ambos móviles son falsos.

La nostalgia romántica por la tierra asoleada es totalmente ajena a los alemanes de los siglos X y XI. Si llegan alguna vez a hablar de ella, expresan una clara aversión contra el país y sus habitantes. Italia y los italianos son para ellos desagradables; el clima lo estiman fatal, y a los hombres los ven falsos y desleales. Con excepción de los obispos, enviados a Italia por el emperador, muy pocos en todo este tiempo, y sólo pasajera y momentáneamente, intentaron establecerse en ese territorio, y cuando el emperador Otón III,

hijo de una princesa griega, que se sentía griego y romano y menospreciaba lo que tenía de germano, fijó su residencia en Roma, perdió el afecto de los alemanes. Podemos pues eliminar confiadamente el romanticismo de los que viajan hoy por Italia, como una base causal de la política imperial.

Y no es tampoco el romanticismo eclesiástico la mágica atracción del imperio mundial. Los contemporáneos de Otón I, que fundó este imperio, nada saben de él y nunca se habla del mismo en los dos siglos siguientes, exceptuando una vez más a Otón III, ese soberano nada alemán, que quiso ser un emperador romano del mundo y disponer del Imperio y de la Iglesia, como si él fuera un servidor de Cristo y de los apóstoles. Pero, precisamente por esta razón, los alemanes se alejaron de él; si hubiera vivido más tiempo, muy difícilmente hubiera podido sostenerse en Alemania.

Este supuesto “sacro” imperio romano, que se pretende hacer subsistir desde Otón I, es en realidad una construcción de tiempos mucho más cercanos a nosotros; surge de una teoría que se consolidó sólo cuando el Reich ya no existía de hecho. En su nacimiento no se halla la menor huella de un romanticismo eclesiástico-religioso. Es un hecho muy lógico de política realista en absoluto, un problema de fuerza y nada más. Como tal debemos tratar de comprenderlo.

Claro es que no se puede dejar de prestar atención al punto de vista eclesiástico. Para un rey, que como el alemán debía esencialmente apoyarse en la Iglesia, se comprende desde luego que también su política exterior debía coincidir con los intereses eclesiásticos. En este aspecto no

había dudas posibles. Debe recordarse que la protección de la Iglesia romana, vinculada desde la antigüedad al imperio, elevó no poco el prestigio del soberano alemán. Psicológicamente corresponde a una idea del sentido de aquel tiempo y tendría más justificación que el hecho actual de gobiernos que tratan de presentarse como campeones de la paz mundial y de la Liga de las Naciones.

Se puede ir aun más lejos y admitir que el rey alemán, cuya soberanía se apoyaba en el dominio sobre la Iglesia alemana, hubiera tenido interés en gobernar también en Roma, donde residía el supremo jefe espiritual de los obispos alemanes. También esta consideración pudo haber tenido su influencia.

Ante todo, sin embargo, debe tenerse en cuenta que el imperio alemán en el siglo X correspondía a la tradición. No había pasado aún un siglo desde la caída del imperio de los francos; se conservaba vivo el recuerdo de que todo el occidente había constituido una poderosa unidad bajo el cetro de un emperador y rey franco, en los hermosos tiempos antiguos, en cuyo fondo se elevaba la enorme figura de Carlomagno tanto más poderosa y brillante, cuanto más los siglos se alejaban. Los reinos separados y constituidos sobre el territorio del conjunto imperial de los francos aparecían aún como partes de un todo, y la sólida cohesión de la Iglesia católica romana velaba para que esta idea permaneciera viva. Un rey franco fué también Otón I, y sin discusión el más poderoso de todos: aun fuera de sus propios confines, en Francia, en Borgoña, en Lombardía, ejerció preponderante influencia. ¿No fué entonces lógico y natural el deseo de que en su Reich y en su persona resurgiesen los recuerdos más grandes y más bellos conocidos por el mundo de entonces? No debe olvidarse que a Otón le fué ofrecida la soberanía tanto en el reino lom-

bardo como en Roma. ¿Hubiera debido o podido desistir de ella sin empequeñecerse a sí mismo?

Representémonos por una vez las consecuencias posibles si Otón I, "con una sabia autolimitación", como le recomiendan sus críticos modernos, hubiese renunciado a la soberanía sobre Italia. Con el rey lombardo Berengario pareció querer constituirse un gran reino italiano, una Italia unida. Si eso se hubiese logrado —y sin la intervención alemana se hubiera realizado— habría nacido al sur de los Alpes una segunda gran potencia meridional, con la que también se hubiera debido contar muy pronto en el norte. Una Italia unida, infaliblemente, hubiera alcanzado en breve sensible preponderancia, ejerciendo un peso moral sobre Alemania y hasta en Alemania. Considérese una vez por todas lo que eso podía significar en determinadas circunstancias; un rey alemán entregado a los obispos, y el Pontífice dependiente de un emperador italiano. Cualquier discordia en el Reich, cualquier rebelión de los duques dejaría al rey alemán a merced de italianos; él sería el soberano de hecho y podría llegar a serlo también de derecho.

También en otro terreno una Italia unida hubiera ejercido más presión sobre Alemania. Hubiera estado en situación de apartar a su capricho a los alemanes del tráfico mundial. Y aquí debemos separarnos fundamentalmente de ciertas ideas geográficas, a las que estamos hoy acostumbrados, pero que no se adaptan a los primeros años de la Edad Media. Para nosotros, Alemania está hoy situada en el centro de Europa, en el punto central del mayor tráfico. La Alemania de entonces, en muchos aspectos, representaba el fondo de la casa; estaba al borde de la civilización; en sus límites orientales comenzaba la barbarie; allí terminaba el mundo. Y se hallaba alejada del camino real del comercio

mundial, cuya arteria principal, desde el Asia occidental y Constantinopla por el Mediterráneo hasta Italia y de aquí por los Alpes occidentales hasta Francia, pasaba de largo por delante de Alemania, la que en el siglo X, como sabemos, tenía acceso a Italia solamente por los pasos del Brenner y del Septimer. Cuanto más, pues, se sentía en Alemania la necesidad de participar en el comercio mundial, y de apropiarse los bienes de una civilización más elevada que el oriente enviaba al occidente a través de Italia, tanto más apremiante debió de haber sido el deseo de asegurarse una comunicación con el oriente, con Constantinopla. El lugar donde podía hallarse esa comunicación era Venecia, la ciudad libre, que nominalmente pertenecía siempre al imperio bizantino y representaba de hecho su cabeza de puente y el principal punto de apoyo de su comercio con occidente.

Imaginémonos además en qué situación hubiera llegado a encontrarse Alemania si se hubiese introducido entre sus fronteras y Venecia un reino italiano fuerte y unido. Alemania hubiera quedado separada del comercio mundial todas las veces que los italianos lo hubieran querido. En otras palabras: hubiera debido abonar literalmente derechos aduaneros al reino de Italia en su tráfico con Venecia, por todo lo que importara de oriente. Sólo para impedir esto, un rey alemán estaba obligado a intervenir en Italia, y a evitar la formación de un estado unitario italiano. El medio más eficaz para ello, y a la larga tal vez el único medio viable, fué que él mismo asumiera la soberanía. Como muchas veces en la historia, también en este caso la conquista nació de una necesidad defensiva.

El procedimiento empleado por Otón I, que no mostró ninguna urgencia para ceñirse la corona imperial de Roma, demuestra que no es ésta una hipótesis "a posteriori".

Roma queda generalmente por largo tiempo en segundo término. En un principio interesa solamente el reino lombardo. Éste tampoco es "anexado" en seguida, sino en primer lugar (en 952) es admitido como independiente, obligado sólo al reconocimiento de la soberanía alemana y a la cesión del "hinterland" de Venecia, juntamente con las vías de acceso que conducían a esa ciudad. Se ve claramente lo que tiene interés para Alemania: la comunicación directa con Venecia. Pero se comprueba que esta política no ofrece ninguna seguridad; en la primera oportunidad se pierde nuevamente lo ganado. Sólo entonces (en 962) se resuelve lo extremo: subyugar todo el reino lombardo. Sella esta situación un tratado comercial con Venecia, concertado muy pronto, y que concede a los venecianos, en el Reich de Otón, la misma libertad de comercio que ellos habían gozado hasta ese momento en el territorio del rey longobardo.

Tampoco sus sucesores procedieron de distinta manera. Su mirada se dirige principalmente hacia la Italia superior, y más que nada hacia el nordeste. Tratan sobre todo de conservar en sus manos, firmemente, esa región. Aquileia y Verona son agregadas, unidas a Alemania lo más estrechamente posible, con Baviera y Carintia; en los obispados de la región, en cuanto se ofrece la posibilidad, se instalan eclesiásticos alemanes. En comparación con ella, Roma y el imperio parecen sólo una protección del flanco, indispensable cuando se quiere dominar con seguridad el reino lombardo, puesto que desde una Roma independiente podía atizarse fácilmente una rebelión en la Italia superior, precisamente por la dependencia de Roma, de los obispos italianos, que son en parte sufragáneos inmediatos del Papa. A causa de ello es necesario estar seguros de Roma y del Pontífice, si se quiere gobernar, aunque sólo sea sobre la

Italia superior. Para este fin, sin embargo, es suficiente que domine en Roma un partido aristocrático adicto a Alemania, y se sienta en la silla de San Pedro un Papa amigo de este país. De esto sólo se preocupan los emperadores alemanes; no van más allá. Roma y el Estado de la Iglesia son autónomos; se interviene lo menos posible en sus asuntos internos. Hay que prescindir de Otón III, en esta concepción, pues quería proceder de otro modo. Su política no encontró en Alemania ni aprobación ni apoyo: se había salido de su papel.

Bien considerado, los esfuerzos de Alemania no fueron muy grandes, en el primer siglo del imperio, para conquistar y mantener la soberanía en Italia.

Más a menudo y con mayores sacrificios hubo que entrar en campaña contra los húngaros y los polacos.

En Italia, la historia de todo este tiempo hasta la mitad del siglo XI registra una sola batalla importante, que costó grandes pérdidas: la derrota de Otón II en el año 982, y ésta no tiene nada que ver con los dominios naturales del imperio; no fué librada por un fin esencialmente imperial, sino en una empresa excéntrica al otro lado de los límites trazados por Otón I a su Reich. Todo lo demás se ha desarrollado relativamente sin esfuerzos y sin pérdidas; tan grande fué la superioridad alemana.

No debemos poner en duda la conveniencia de aprovechar esa superioridad. Del mismo modo se podría buenamente preguntar si conviene a la Inglaterra de hoy el dominio sobre la India. Italia era entonces, en todo sentido, el país más rico, el más avanzado en economía y civilización. Es innegable que el intercambio permanente con ella, vivificado por el gobierno alemán, influyó de modo muy provechoso sobre el desarrollo de Alemania. Pero, aun en un aspecto más materialista, el paso a través de los Alpes

debe haber valido la pena. Italia era tierra de grandes recursos monetarios que en el norte escaseaban todavía y costaba mucho obtenerlos. El rey tenía en ella, desde antigua fecha, prescindiendo totalmente de los derechos del vencedor, valiosos medios para cobrar impuestos. Tributos aduaneros y peajes le pertenecían y rendían sumas cuantiosas dado el alto desarrollo del tráfico comercial. Hasta le correspondía un impuesto militar directo, en el que hubiera sido imposible pensar en Alemania. No podemos dudar que Otón I y sus sucesores supieron sacar partido de estas fuentes productivas y que Alemania —digámoslo sin ambages— se enriqueció por su dominio en Italia. Escapa a todo cálculo lo que ganaba individualmente el alemán que cruzaba los Alpes en el séquito del rey o se hacía nombrar obispo en tierra italiana.

¿Dónde se hubiera podido hallar en aquellos tiempos una compensación por lo que ofrecía Italia?

Los críticos del antiguo imperio alemán indican que al este amplias fajas de territorio eslavo aguardaban la colonización. Olvidan preguntarse qué valor tenían entonces esas tierras. A los pantanos allende el Elba no había que ir a buscar riquezas; no se había aprendido aún a desecarlos, lo que quedaba reservado a tiempos posteriores, dotados de una técnica más desarrollada. Los arenales de la marca brandenbúrguesa siguieron siendo todavía durante siglos la parte más mísera del Reich y ni aun hoy son una joya. Sólo con infinitas penurias toda esta tierra virgen pudo ser más tarde convertida en utilizable por el pueblo alemán. En los siglos X y XI faltó el primero y el más importante recurso: los hombres. La Alemania de Otón I no tenía aún superpoblación, y poseía bastante tierra de cultivo dentro de sus límites. Vemos, pues, que hasta el sometimiento de los vendas en